

# MAIA MOJER

DANA HART

Se convirtió en la discusión más vieja de la historia. ¿El ser humano es malo o es bueno por naturaleza?

En el bando de los malvados, se ubicaron, Maquiavelo, que opinaba que el ser humano es vil por naturaleza, malo en realidad, destinado a planificar su propia ruina, incluso cuando hace cosas buenas. No ser buenos, esa es la consigna. No luchar contra inevitabilidad.

Thomas Hobbes, también es de la opinión de que el ser humano es malvado por naturaleza, razón por la cual se necesita un poder absoluto que modere esas maldades, leyes autoritarias para controlar el egoísmo y la agresividad.

En la tribuna del medio se encuentra Kant, para quien no se puede categorizar el hombre entre buenos y malos por naturaleza, porque no somos seres morales desde el nacimiento.

Sigmund Freud, para quien hay impulsos, tánatos y eros, instintos, ambos, que coexisten y son necesarios. Y Erich Fromm para quien tampoco se puede hablar de lo bueno y lo malo, sino de los instintos que existen en todo animal.

Y en el bando de los buenos por naturaleza, se ha ubicado históricamente a Rousseau, para quien la educación es clave, desarrollando la bondad con la que se nace, porque son las instituciones sociales las culpables de hacerlo malvado.

Pero, ¿cómo ha sido esta discusión en el reino de las ideas de las mujeres que escriben?

Para Colette Dowling, hay una obligación en la mujer, de ser la “buena mujer”, forjado por la sociedad desde que se es muy pequeña. De lo contrario invaden el sentimiento de culpa y desaprobación. Aquello que llaman domesticidad. El deseo de agradar.

Judith Butler discute contra Nietzsche respecto a la “mala conciencia”, en función de la moral, entablando una relación entre el yo, lo social y la vida pública.

Séverine Auffret relata la historia de Pandora, cuya caja contenía todos los males del mundo, y de Eva, que obligó maliciosamente a Adán a morder la manzana. También la historia de Judit, una joven viuda que usó sus armas para asesinar a un político, al que lo hizo Salomé, malvadas. Y la historia de Charlotte Corday d' Armont, guillotinada,

girondina, que le clavó un cuchillo en la garganta a Jean Paul Marat.

A Audre Lorde, teoriza sobre los correazos que le daban de niña, por ser “mala”, por no obedecer en el jardín de las monjas, en el que le ponían orejas de burro. La creencia de que la mujer es luxuriosa, infiel, que lleva al hombre por el camino del pecado. La histeria, históricamente ligada a un problema del útero.

Kate Millett, tratada de lunática, mala mujer, es encerrada en un manicomio y sometida a tratamientos de shock, al igual que Sylvia Plath, para aniquilarles las ideas y mantenerlas sometidas al rol de “buenas mujeres”.

Marie Langer expresa que fue Rousseau el que inventó la idea de que la mujer debe de ser dócil, esposa, de cocina. Rousseau justamente, el patrono de “los hombres son buenos por naturaleza”.

Para Alejandra Kollontai, la característica que resalta en la mujer, es la radicalidad, como en la revolución rusa y en la revolución francesa, siendo la vanguardia de la vanguardia.

Simone de Beauvoir, explora la clásica faceta que establece que las mujeres o somos putas, o somos amas de casa, pero nunca escritoras por ejemplo. Y explora mitos en torno al asunto de la menstruación, que establecían que cuando la mujer estaba menstruando, no podía tocar carne, ni jamones, ni entrar en fábricas de azúcar u opio, porque todo se vuelve amargo. Ni cuajar mayonesa, ni hacer fermentar sidra, ni salar tocino, ni entrar a criaderos de zetas. Ni mirar los paños con sangre, o podrías quedar sin visión. Ni leudar una tarta, marchitar las flores, hacer saltar las cuerdas de las arpas, todas manifestaciones de ser, de una forma u otra, de “lo malo” que es ser mujer.

Silvia Federici destaca el trato inhumano de “brujas”, que hizo que miles y miles de mujeres fueran quemadas en hogueras durante la

inquisición. Y aun en América, perseguidas, torturadas, asesinadas. Malas. Malas mujeres. Malas, pero fuentes de la acumulación originaria primitiva. Militantes. Indígenas. Negras. Esclavizadas. Golpeadas. Aporreadas. Saboteadas. En el mismo sentido las Disidencias sexogenéricas, tratas por la Iglesia Católica como bestias endemoniadas, portadoras de pecado.

Solteronas. Viejas. Abominables. Devoradoras de hombres. Mujeres vampiro. Mujeres castradoras. Viudas negras. Magia. Tabúes por doquier. Mantis religiosas. Adúltera. Insatisfechas. Frígidas. Inferiores. Tratadas de menos inteligentes. Carentes de sentido universal. Carentes. Envidiosas del pene. Culpables.

Escrituras que muestran que la mujer, ha sido tratada históricamente como mala, por naturaleza, por defecto, por nacimiento, y también, por qué no, por formación y desarrollo. Allí no hay oposición válida. Malas. Malas.

Claro está, a plena luz de nuestro siglo, y a partir de las discusiones en contra, planteadas por cada palabra disidente, que esa afirmación no es cierta. ¿Pero cuál es la verdad?

Dicho está que la base que subyace a esta discusión, es el problema de la construcción social. Pero hay algo más. El lado hegeliano de la vida. Pensando desde Marx esta discusión. Tanto en hombres como en mujeres, predomina la construcción social como elemento determinante, el contexto en el cual se desarrolla moldea los “índices de maldad” entre los géneros. Y algo más: La contradicción. La contradicción que sigue siendo el motor de todo desarrollo, es también, la explicación más acabada para esta problemática. La contradicción entre los elementos constitutivos de la humanidad. El bien, el mal. Lo bueno, lo malo. La contradicción entre las emociones “que son aves” como decía Luce Irigaray, y las acciones que son tigres con dos cabezas.





**[WWW.DANAHARTESCRITORA.COM](http://WWW.DANAHARTESCRITORA.COM)**

